

VIENTO SALVAJE

CRÓNICA DE UNA TRAGEDIA EN LOS PIRINEOS

JORDI CRUZ

PRÓLOGO DE FERRAN LATORRE



VOLCANO

Título original: «3 NITS DE TORB I 1 CAP D'ANY».
Publicado por primera vez en 2018 por Símbol Editors.

© Jordi Cruz i Serra, 2018.
© de la traducción: Jordi Cruz i Serra, 2020.
© del prólogo: Ferran Latorre, 2018.
© de la presente edición: PÀPEL K Editorial S.L.

Primera edición en VOLCANO Libros: diciembre 2020.

VOLCANO Libros
Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España).
www.volcanolibros.com

Diseño editorial: Javier García.
Diseño gráfico y maquetación: Pedro Viejo.
Corrección: Volcano Libros.

Materias Thema: DNX, SZC, SZG.
ISBN: 978-84-122831-0-5
Depósito Legal: M-28599-2020

Impreso en Kadmos. Salamanca (España).

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

—Ahora voy a buscar ayuda, Katharine. ¿Entiendes? Cerca de aquí hay otro avión, pero no tiene combustible. Tal vez encuentre una caravana o un *jeep* y en ese caso volveré antes.

—Prométeme que volverás a buscarme.

—Te lo prometo, nunca te abandonaré.

El paciente inglés, MICHAEL ONDAAJE.

*Com un volcà que esclata, la tempesta
del Canigó la cima ha somoguda,
s'adreça sollevada la congesta
del torb per l'ala bategant rompuda,
que brunz com una roda
de corsers esverats per la batuda.*

Canigó, JACINT VERDAGUER.

PRÓLOGO

FERRAN LATORRE¹

DESDE QUE ERA PEQUEÑO, PRIMERO de manera inconsciente y después con plena conciencia y conocimiento, siempre que he salido a la montaña, ya sea por un entrenamiento o por una gran expedición, he intentado hacerlo desde una doble perspectiva: la pasión y el respeto.

Pasión porque es lo que mueve mi vida y porque es lo que me ha permitido perseguir y persistir en los sueños que me he ido proponiendo. Unos sueños que, después, se han convertido en retos y, finalmente, muchos han acabado siendo objetivos logrados.

Nada de lo que vale la pena en la vida se puede hacer sin pasión, pero tampoco sin respeto. Y en la montaña el respeto tiene múltiples caras: el respeto para considerar si tienes la técnica necesaria antes de afrontar un objetivo, el respeto por los compañeros de expedición, el respeto por la natu-

1 Ferran Latorre (Barcelona, 1970) es alpinista, guía de alta montaña, cámara y conferenciante.

raleza, por la gente que vive en las regiones donde vas y, lógicamente, el respeto físico por la montaña y todo lo que la rodea. Y, evidentemente, el respeto por las condiciones meteorológicas con las que te puedes encontrar. Y es precisamente este respeto lo que te permite continuar con tu pasión.

Pero más allá de la pasión y el respeto, que son actitudes de uno mismo, en la montaña también hay otras consideraciones que deben tenerse presentes: el excursionismo, el alpinismo y otras disciplinas deportivas que se practican al aire libre, siempre tienen un punto de imprevisibilidad y de azar que hace que el riesgo cero no exista. Nuestro trabajo, el trabajo de los que nos gusta salir a andar, a hacer esquí de montaña, a escalar, a emprender grandes expediciones en lugares remotos o subir a las cumbres de los Pirineos, es trabajar para que, incluso en condiciones adversas, tengamos los recursos suficientes para enfrentarnos a esas actividades con garantías.

Hay que ir, por lo tanto, preparados técnica, física y mentalmente por si las circunstancias del entorno cambian de forma repentina.

En la medida en que el acceso a la montaña se ha hecho más fácil para todo el mundo, el número de gente que cada año sale a hacer deporte en las cumbres de los Pirineos no para de aumentar. Dejando al margen la cuestión de la masificación, es evidente que no siempre todos tienen la técnica ni tampoco el conocimiento del medio que sería deseable. Desde confiarlo todo al GPS pero ser incapaces de interpretar un mapa o saber orientarse hasta hacer algo tan sencillo como mirar el cielo y prever si se acerca o no una tormenta, es evidente que hay que profundizar en el conocimiento de un entorno magnífico que en determinadas condiciones puede ser hostil.

Por eso, siempre que puedo agradezco el aprendizaje que significó para mí pasar por el Centro Excursionista de Cataluña, donde aprendí que la pasión sin respeto es sinónimo

de riesgos innecesarios y que el respeto sin pasión no colma una vida.

Las personas que se vieron afectadas por el episodio de ventisca en el Pirineo oriental que se describe en este libro eran, en su gran mayoría, personas bien preparadas técnica y físicamente para emprender el reto que se habían planteado en aquellos últimos días del año 2000. Pero la ventisca los sorprendió y los atrapó.

La ventisca que se desata sin piedad, con vientos terribles que hacen volar toneladas y toneladas de nieve a una velocidad increíble, reduce la visibilidad a pocos metros, te desorienta y te agota, te impide pensar con claridad y hace que la temperatura, ya baja de por sí, aumente su poder destructivo y se convierta en una amenaza para la supervivencia.

En el transcurso de mi vida como alpinista he tenido que enfrentarme a menudo a situaciones complicadas y críticas: algunas fruto del azar –el accidente de un compañero–, otras, de dificultades técnicas inesperadas, y otras, de cambios repentinos del tiempo. Muchas veces, la decisión que he tomado ha pasado por la retirada y el abandono momentáneo del objetivo. Y esto, por supuesto, no es agradable. Pero una vez pasada la decepción inicial, nunca, nunca, nunca lo he considerado una derrota. Retirarse de una montaña no es una derrota, sino la oportunidad que tienes de volverlo a intentar. De continuar, desde el respeto, con tu pasión, con lo que da sentido a tu vida.

Viento salvaje nos enseña que nunca debemos subestimar la fuerza de la Naturaleza. Una situación como la de la ventisca, bastante habitual en nuestro entorno y a menudo relativizada por muchos excursionistas, resultó fatal para un grupo de gente con mucha experiencia. Para mí, este relato es un aprendizaje, y ojalá el libro y la descripción de aquellos días trágicos a caballo entre los años 2000 y 2001 sirvan para que hechos como aquellos no se vuelvan a repetir y podamos disfrutar de la montaña con alegría y seguridad.

HAKKODA (JAPÓN), ENERO DE 1902

EL 23 DE ENERO DE 1902, a las siete de la mañana, una unidad del ejército imperial japonés con doscientos soldados salió de Aomori, una ciudad al norte de la isla de Honshü, la mayor isla del archipiélago japonés, y se dirigió a las montañas de Hakkoda, situadas a una decena de kilómetros al sur de la ciudad.

A principios del siglo xx, Rusia y Japón se disputaban el dominio del mar Amarillo y del mar del Japón; por un lado, Rusia buscaba un puerto que pudiera utilizar en invierno, cuando el hielo inutilizaba el puerto ruso de Vladivostok, mientras que Japón intentaba colonizar Corea. El objetivo de la unidad japonesa que aquella mañana salió de Aomori era asegurar la ruta entre la ciudad y el sur de la isla atravesando las montañas de Hakkoda, para que pudiera ser utilizada en caso de que la marina rusa bombardease e inutilizara los caminos y líneas férreas que comunican Aomori con el resto del país, pasando por la costa. A las cuatro de la tarde de aquel día de enero los soldados llegaron a la cima del monte Umatateba, de 732 metros de altitud, situado a tan solo cuatro kilómetros de su destino final.

Pero, de repente, el tiempo cambió radicalmente y empezó a nevar y a soplar un viento muy fuerte. A causa de la tormenta y de la nula visibilidad, los soldados —en su mayoría originarios de regiones donde la nieve no abunda y sin experiencia en la travesía de montañas en condiciones

hostiles–, se perdieron y estuvieron varios días deambulando por las laderas de los montes Hakkoda.

A pesar de que la unidad no volvió a Aomori cuando estaba previsto, al día siguiente de su partida, no fue hasta dos días más tarde, el 26 de enero, cuando los oficiales japoneses enviaron un grupo de rescate. Las operaciones de búsqueda no dieron fruto hasta el día siguiente, el 27 de enero cuando –cuatro días más tarde del inicio de la expedición– encontraron al primer superviviente, el cabo Fusanosuke Goto, de pie y enterrado en más de un metro de nieve.

En total, el equipo de rescate encontró diecisiete soldados vivos, que sobrevivieron entre cinco y ocho días a la intemperie soportando una de las olas de frío más intensas que se recuerdan en Japón: el 25 de enero una estación meteorológica de la isla de Hokkaido, la más septentrional del archipiélago japonés, situada a más de un centenar de kilómetros al norte de los montes Hakkoda, registró una temperatura de cuarenta grados bajo cero, la temperatura más baja registrada nunca en la historia del país nipón y veinte grados por debajo de la habitual en aquella zona en un mes de enero.

De los diecisiete soldados rescatados vivos, seis acabaron muriendo pocos días más tarde, y a ocho tuvieron que amputarles extremidades a causa de las congelaciones que sufrieron durante los días que estuvieron perdidos, el cabo Goto entre ellos. El resto de la unidad, ciento noventa y tres soldados, fueron encontrados congelados, algunos de ellos cuatro meses después de su desaparición. En total, murieron ciento noventa y nueve hombres en el conocido como «incidente de los montes Hakkoda», considerado hoy el mayor desastre en la historia moderna del alpinismo.

GARGANTAS DEL RÍO FRESER,
PIRINEO ORIENTAL. NOCHEVIEJA DE 1968

DESPUÉS DE CELEBRARSE LOS JUEGOS Olímpicos de 1992, Barcelona se convirtió en uno de los lugares favoritos donde vivir para mucha gente de todo el mundo. La ciudad no solo destaca por una alta calidad de vida, además de una amplia oferta cultural y de ocio y gastronomía, entre otras características, sino también por su clima. La presencia del mar Mediterráneo ayuda a templar el ambiente, muy suave durante todo el año. También ayuda la presencia de la cordillera pirenaica, una barrera natural situada 100 kilómetros al norte de la ciudad, que impide la llegada de buena parte de las masas de aire frío de origen polar o siberiano que a menudo afectan al continente europeo en invierno.

Y es precisamente la proximidad del Pirineo oriental, con montañas que rozan los 3000 metros de altitud, lo que hace que los barceloneses no tengan que viajar muy lejos para exponerse al riesgo de sufrir trágicos accidentes de montaña causados por el viento o el frío extremo. De hecho, con un trayecto de tan solo dos horas en coche o tres horas en tren es suficiente.

El viernes 27 de diciembre de 1968, a las cinco de la mañana, José María Riba, un chico de quince años de Barcelona, salió de casa para encontrarse con ocho compañeros más de edades comprendidas entre los trece y los quince años que, como él, eran *boy scouts* del grupo de la parroquia de San Francisco de Sales, situada en el Paseo de San Juan

de la Ciudad Condal. A las seis de la mañana, junto con un monitor del grupo, de veinte años, tomaron el tren que los llevaría hasta Ribas de Freser para después continuar en el tren cremallera hasta Queralbs, el pueblo del Ripollés situado bajo el valle de Núria. El grupo de chicos tenía previsto hacer una excursión de tres o cuatro días por el valle del Freser y de Núria, que incluía el ascenso de varias cumbres de más de 2700 metros de altitud del Pirineo oriental. A pesar de su juventud, no era la primera vez que hacían salidas tan exigentes físicamente. Unos meses antes, en verano, ya habían hecho aquella misma excursión que ahora se disponían a repetir, con la dificultad añadida de que se encontrarían buena parte del terreno cubierto de nieve o hielo, además de temperaturas por debajo de los cero grados, sobre todo durante la noche.

La primera etapa los llevaría desde Queralbs hasta el refugio de Coma de Vaca, un recorrido de casi nueve kilómetros por el camino que transcurre junto al curso del río Freser y de sus gargantas, en el que hay que superar un desnivel de 900 metros. En verano este recorrido se hace en unas tres horas, pero en invierno, calzados con crampones para no resbalar sobre la nieve y el hielo, los chicos calculaban que tardarían entre cuatro y cinco horas.

Aquel viernes se esperaba mal tiempo en los Pirineos, con nevadas y viento del norte que haría bajar la temperatura los días siguientes. A pesar de que a finales de los años sesenta la predicción meteorológica no era demasiado fiable y no llegaba más allá de 24 horas vista, la predicción se cumplió. Aunque los chicos salieron de Queralbs con un tiempo plácido, a medida que avanzaba el día las condiciones meteorológicas fueron empeorando. La temperatura no cesaba de bajar y a partir de la tarde empezó a nevar, cosa que ralentizó aún más el ritmo de la marcha.

Poco antes del anochecer, los chicos continuaban andando bajo una intensa nevada sin la certeza de poder llegar al

refugio antes de que oscureciera. Algunos de los chavales se angustiaron por esa razón y el grupo se dividió en dos. Mientras cinco de los chicos y el monitor se quedaron atrás, los otros cuatro se adelantaron a los demás para comprobar si el refugio de Coma de Vaca quedaba cerca y ver si podrían guarecerse en él antes de que se hiciera de noche. En caso contrario, tendrían que buscar un lugar para hacer un vivac y pasar la noche a la intemperie bajo la nevada que estaba cayendo.

Como no encontraron el refugio, los cuatro chicos que se habían adelantado decidieron regresar con el resto del grupo. No obstante, antes de que pudieran reencontrarse con sus compañeros se hizo de noche y llegó un momento en que ya no veían nada. Al cabo de un rato, mientras los cuatro andaban despacio, bajo la nevada y rodeados por la oscuridad –avanzando por una zona donde el camino pasa por encima de la hondonada por donde transcurre el río Freser– José María Riba resbaló y se precipitó al interior del torrente en una caída de casi cien metros que lo llevó hasta el río. Afortunadamente, el chico no se hizo mucho daño, solo algunas contusiones leves. Se levantó y empezó a gritar pidiendo ayuda a sus tres compañeros, pero no oyó que estos respondieran. Los copos de nieve que caían al interior del torrente absorbían las vibraciones de cualquier sonido que llegara a la hondonada donde se encontraba, y no se oía nada. Después de unos minutos llamando y sin recibir respuesta alguna, José María supuso que los otros chicos debían haber ido a buscar ayuda para intentar sacarlo de allí. Él, por su parte, comprobó que había perdido los crampones durante la caída y que no podría subir por sí mismo la pared del torrente donde había caído, puesto que estaba helada y resbalaba mucho. Entonces, cruzó el riachuelo del fondo del torrente, empapándose hasta las rodillas, para intentar salir por el otro lado, pero no pudo porque también era muy empinado y resbaladizo. Estaba atrapado, así que decidió